



El sofá

Guimazoa Miranda

Poca gente se percata, pero de la misma manera en que las maletas en ocasiones viajan más que los dueños, así mismo los muebles de una casa a veces han vivido más vidas que sus habitantes. Nuestra casa era pequeña y aunque algo oscura resultaba acogedora, pues la luz tenue que absorbía mantenía la temperatura más fresca y el tono de colores sutiles que prevalecía casi todo el día propiciaba el sueño. Olía a madera recién cortada y a corriente de río. Tuvimos suerte de conseguir, no muy distante de la ciudad, aquel oasis semiboscoso y simple en el que la vida se detenía para nosotros y que llamábamos la cueva, no sólo por sus características, sino también porque allí nos "encuevábamos" puntuales dos días de cada semana de nuestras vidas.

Obsesionados con lograr nuestras metas profesionales antes de cumplir los cuarenta, él y yo trabajábamos horarios de esclavos. Los lunes y martes estábamos tan agotados que luego del aseo y el desayuno nos tumbábamos juntos en el sofá que compramos con nuestras primeras ganancias, a no hacer nada, aunque en realidad lo hacíamos todo.

Era un mueble soberbio de manufactura italiana, amplio, suave pero firme y muy relleno. Al contacto con la piel producía una sensación que nos ponía lujuriosos. Siempre descansábamos mejor allí que en cualquier cama, después de nuestras intensas sesiones de sexo. En ese elefante amable y cálido desahogábamos la pasión acumulada de varios días y luego, dormíamos acurrucados, soñando con ser exitosos y con vivir una vida más pausada, detenida en los placeres que nos permitirían nuestras ganancias.

En ese sofá creamos las mejores estrategias del mercado moderno para despuntar como nadie lo había hecho en veinte años, en una ciudad moribunda, deseosa de que la resucitaran. En él planificamos los pocos viajes que hicimos juntos: al hoyo azul en el mar de Belize, lanzándonos en paracaídas, y a la costa maya de México, probando cenotes sagrados y trepando piedras milenarias. En el sofá me dijo tantas veces sin que le preguntara, "sí, acepto", mientras aspirábamos a que todos nuestros días fueran iguales a los que vivíamos instalados en aquel mueble formidable.

Yo administraba el negocio con un trabajo de contabilidad prolijo, igual al de un judío holandés amante de tulipanes. Él controlaba la cocina como Bourdain en sus mejores tiempos de genialidad; sin que esto le impidiera lucirse como el 'bartender' más talentoso de la ciudad. Hacía tragos originales, algunos inspirados en los clientes, practicaba trucos de magia y contaba chistes ingeniosos. Las mujeres querían su número de teléfono y los hombres también, aunque por razones distintas. Él era la estrella del espectáculo. Yo, su manejadora. Sin mí, el restaurante jamás habría competido con los mejores del momento, impresionando por su audacia insolente y su frescura infalible.

Mas, como suele suceder en las guerras jóvenes, la victoria a veces se alcanza a precio de batallas campales que cuestan demasiado alto. Y de repente, en la confusión de la lucha, el soldado ni siquiera recuerda el objetivo por el cual estaba peleando. Cuando finalmente se alcanza el triunfo, la celebración es agridulce. Los nombres de los que componían la tropa y su Generala quedaron escritos en la tarja conmemorativa de las victorias michelinas. Sin embargo, ya ninguno sabía por qué se nos ocurrió dejar la piel en el camino, con tal de morir allí.



El día en que cada uno se fue por su lado con su respectivo equipaje a cuesta, tras ofertas lucrativas en grandes ciudades, la melancolía se nos instaló en la cabeza como una neblina pesada, mientras vaciábamos la casa. Ninguno de los dos quería despedirse del sofá italiano que nos refugió dulcemente, mientras construimos el trozo más significativo de nuestras vidas. Ninguno quería llevarse ese recordatorio perenne de lo feliz que puede ser alguien en esos años irrepetibles, anteriores a que se alcance la meta; cuando el éxito es solo un sueño acariciado y la adrenalina de la expectación intoxica en un arrebato carnal.

Dejamos el sofá allí, a la deriva del río de la vida, dispuesto para ser arrastrado a donde quisiera la corriente y salimos, sin voltear a mirarlo, conscientes de que en su regazo quedaba acurrucada la mejor parte del pasado y convencidos de que aún había espacio suficiente para el comienzo de otra vida.